



LOS ECONOMISTAS Y SUS ESCRITOS

Relectura de un artículo memorable

Ramón Antonio Díaz*

Estas notas se vinculan con diálogos mantenidos con mis propios colegas economistas, y con colegas de otras disciplinas, particularmente, sociólogos, sobre los modos de decir o, más bien, las maneras de escribir en ciencias sociales.¹ Pero ha sido la relectura de un, injustamente, casi olvidado artículo de Eduardo Zalduendo², que posee un título tan ocurrente como preciso (“Economistas escritores y economistas escribidores”), el verdadero disparador de este texto al reavivar viejas y latentes inquietudes en torno de los estilos de comunicación de los economistas, y de las exigencias de mi propia actividad académica.

Por lo tanto, intentaré acompañar al lector a lo largo del itinerario principal del artículo de Zalduendo, para agregar luego algunas reflexiones surgidas de mis experiencias como estudiante, docente e investigador. Cabe señalar que al menos en el contexto hispanoamericano los planteos de Zalduendo resultaron pioneros y continúan indicando un territorio de indagación muy poco transitado; acontece que los economistas solemos situar a la escritura como fuera de nuestra práctica profesional o tan sólo realizar distantes referencias –y para mencionar a tres economistas clave- señalando que Adam Smith o Marx se asemejaban en la sugestividad de su poder descriptivo o tomando partido en las controversias sobre los aciertos o restricciones narrativas de Keynes.³

Recorrido por el artículo

En los tres primeros acápites, el autor propone lo que serían sus recomendaciones básicas para el aspirante a transitar el camino que media entre un “escribidor” y un “escritor”. En el cuarto acápite, atraviesa lúcidamente autores representativos de distintas épocas y corrientes económicas que, a su juicio, exhibieron alguna particularidad, algún rasgo estilístico destacable. En las Conclusiones, resume los principales desarrollos del resto del texto.

Sobre el proceso de escritura

“La tarea de escribir”, contiene una descripción del proceso de escritura, interpretado como parte de dos necesidades más generales del científico: la de comunicarse y argumentar. La preocupación por la calidad y el estilo de su producción escrita, permite a Zalduendo marcar la línea divisoria que separa los economistas “escritores” de los economistas “escribidores”.

Con el telón de fondo de la elemental diferencia entre *economía normativa* y *economía positiva*, el autor atribuye a la mayoría de los economistas el empleo de un lenguaje *descriptivo*, esto es, despojado de juicios de valor, al menos como pretensión; excepcionalmente, están los

* Docente e investigador del Departamento de Economía de la Universidad Nacional de Santiago del Estero (UNSE). E mail: rad@unse.edu.ar

¹ Suponiendo que la economía sea una ciencia social en tanto estudia conductas; pero ésta ya es una cuestión que evade los límites de estas indagaciones.

² “Economistas escritores y economistas escribidores”, en *Desarrollo Económico. Revista de ciencias sociales*, nº 139, Octubre-Diciembre, 1995, pp 373-396.

³ Resulta curioso que ciertas opiniones –incluyendo a algunos de sus adherentes doctrinarios- sostengan que Keynes “escribía mal”, si se tiene en cuenta que él fue un conspicuo integrante del Grupo de Bloomsbury que otorgaba importancia al refinamiento expresivo y entre cuyos miembros estaba nada menos que Virginia Woolf

que adoptan el tono de *predicadores* (Marx), en quienes, siguiendo a G. Stigler, advierte una intencionalidad en algún sentido oportunista, que procura adaptarse a “lo que la sociedad quiere oír”. En el mismo acápite, asocia el acto de escribir con la creación misma, con la acción de pensar (“Escribir es pensar...” es el comienzo de una cita más extensa a Stephen B. Leacock, economista inglés del siglo XIX)⁴.

Posteriormente, Zalduendo descompone los pasos previos a la escritura en, sucesivamente, el “tiempo de inspiración” (cuando se intenta romper “el bloqueo de la página en blanco”⁵), debiéndose después definir “qué queremos comunicar”, “a quiénes queremos informar o convencer” y escoger “el medio y estilo” para la comunicación, instancia en el cual el escritor imprime su sello personal.

En el acápite siguiente (“El lector”), se detiene en la necesidad de fijar el destinatario del mensaje, para lograr su buena predisposición; el descuido estilístico, aparte de ser espejo de las calidades del autor, de la atención y esmero puesto en su tarea, resultará decisivo para la efectividad de la argumentación, sin que este acento en la forma signifique un intento para disimular ausencias o fallas en su núcleo esencial, en la robustez de sus contenidos de fondo, con los que es necesario mantener un adecuado y siempre difícil equilibrio.

Visita al taller del artesano

Prosigue Zalduendo con el pasaje dedicado al escrito (“El escrito”), adentrándose así en una parte medular del artículo, donde con gran meticulosidad acerca al lector sutiles comentarios y enseñanzas sobre “la cocina” o “el taller” del economista-escritor. Se refiere inicialmente a las tres componentes del arte de la retórica: la inventiva, la organización del texto y el estilo, fase culminante que le permite al escritor dejar su impronta, su sello personal. Fluidez, elegancia y claridad, son las reglas de oro que adornan un buen estilo de comunicación.

Enseguida, pone su atención sobre la etapa del estudio de los antecedentes del trabajo que se encara, remitiendo al uso de las que, con Internet aún incipiente, constituían las principales guías bibliográficas para los economistas investigadores (índices donde se recopilan los títulos de los libros o artículos de las principales revistas académicas internacionales), que por cierto continúan vigentes. De este modo puede disponer de un conocimiento apropiado de lo que se denomina “el estado del arte” en la materia abordada por el investigador⁶.

Luego de reparar en la importancia de un uso adecuado de las palabras, que contemple los diversos contextos en que se aplican y sus acepciones cambiantes en el tiempo, se detiene en la metáfora, figura retórica dotada de gran poder simplificador de conceptos más complejos mediante “palabras o frases que se utilizan en un sentido diferente al que tienen habitualmente”. Las expresiones metafóricas, sostiene el autor, “son preferibles a alguna forma de rebuscamiento”, y pueden ser proveedoras de belleza literaria, facilitando de ese modo la divulgación de conceptos o razonamientos arduos; con pocas palabras permiten ubicar el núcleo de un pensamiento denso que así puede trascender y compartirse más allá de un ámbito restringido a los economistas. A lo largo de su propio desarrollo, la ciencia económica y autores representativos de las más diversas escuelas o doctrinas, han sido pródigos en la generación de felices y perdurables metáforas, como se ejemplifica ampliamente en el artículo (“equilibrio”,

⁴ La mirada de la “escritura creativa” es también desarrollada por Carlos Zurita quien la refiere a la sociología y a los sociólogos en su artículo “El bloqueo de la página en blanco. Notas sobre la sociología como género literario”, en *Sociología del Trabajo*, Nº 55, Universidad Complutense de Madrid, Otoño de 2005, pp 123-139. Asimismo se puede consultar al aporte de Alberto Tasso “Argumento y narración en el informe científico”, en *Trabajo y Sociedad*, Nº 7, UNSE, julio-septiembre, 2005.

⁵ Zurita, C.V, *Ibidem*.

⁶ Esta exhaustividad en el estudio de los antecedentes, se ha generalizado en los usos y costumbres de las ponencias, papers y artículos, de manera que a veces resulta impresionante y hasta abrumadora, como este mismo artículo de Zalduendo ilustra, dejando al lector la sensación que se incorpora “todo lo que hay” de relevante.

“consumo conspicuo”, “sociedad opulenta”, para citar sólo algunas de la ínfima fracción seleccionada por Zaldueño)⁷.

Los párrafos siguientes, se ocupan de la articulación de los conceptos, de su enlace, con miras a alcanzar coherencia en el escrito y “claridad de la exposición”, evitando el uso de palabras innecesarias que introducen confusión.

Inmediatamente el autor se explaya en torno de la conveniencia del recurso de las notas al pie, señalando argumentos a favor y en contra de su uso que forman parte de un debate de antigua tradición. Se rescata su valor para servir de válvula de escape para el escritor, hacia las cuales podrá derivar “alguna sorpresa o curiosidad”, cuando no “expresar en ellas sus reflexiones más sabrosas o sarcásticas” o, a modo de digresión, ampliar explicaciones del texto principal⁸.

Recomienda el uso de diccionarios, tanto de la lengua castellana como de los especializados en economía, y proporciona una lista que contiene a los más calificados. Otro tanto se hace con las bibliotecas más nutridas del país en libros de economía.

Al finalizar este acápite, se detiene en un momento de importancia aparentemente menor, pero que resulta definitorio; se trata de la revisión de los borradores, del pulido del escrito, donde el autor deberá tener en cuenta las críticas y comentarios de sus colegas. Se trata de una etapa “absolutamente necesaria”, tediosa y agobiante, que a veces se hace interminable.

Los economistas y sus escritos

En “El escribir de los economistas”, todas las reflexiones y recomendaciones previas se ubican en el campo específico de esta disciplina, en las reglas que le son propias y que pueden, incluso, generar deformaciones, especialmente en el ámbito de las universidades, cuando el lema “publique o perezca” induce a premiar la cantidad o abundancia de escritos antes que su calidad de forma y de fondo.

Este acápite incluye los asuntos más variados de cuantos son pertinentes a los economistas como escritores, tales como la presentación de una escala de méritos fundada en las preferencias de un autor tan autorizado como Donald (Deidre) McCloskey, lista a la que Zaldueño incorpora unos cuantos de su predilección (Friedman, Rostow, Galbraith, Krugman, A. Smith, serían algunos de los más conocidos de un total de treinta).

Otro tema abordado en esta parte, es el de la veta periodística de los economistas, que se matiza con sabrosas y sorprendentes apostillas⁹. En este punto, recogiendo la experiencia de los diarios o secciones especializadas en economía sobre las falencias de los profesionales de esta rama sugiere, siguiendo al (a la) mencionado (a) McCloskey “que el aprender a escribir y hablar en público formara parte de la enseñanza universitaria”¹⁰.

Algunos economistas célebres son objeto de una consideración especial de sus méritos como escritores, aunque no figuran en la lista de los predilectos. Tal el caso de John Maynard Keynes reconocido “artesano literario” por la calidad y la cantidad de su obra escrita (está entre los economistas escritores más prolíficos). Pero no ha sido justamente su famosa *Teoría general del empleo, el interés y el dinero* la que más contribuyó a su merecida fama de buen escritor, sino que es en sus ensayos donde revela un uso preciso de las palabras y la articulación armoniosa de conceptos, enriquecida por la fuerza y construcción literaria de sus celebradas metáforas.

El artículo concluye con una mirada sobre algunos otros ámbitos en los que incursionan los economistas como escritores, algunos ciertamente inesperados: el de la preparación de manuales

⁷ El rango de la metáfora para construir conocimiento económico, juega un papel destacado en el pensamiento y obra de autores como McCloskey.

⁸ Son interesantes y jugosas las referencias al empleo que hacen de las notas al pie economistas como Marshall, por su excelencia reconocida, o como Schumpeter, por su desmesurada extensión (algunas llegan a las tres páginas!).

⁹ Puede ejemplificarse con los fracasos de nada menos que Keynes como editor del *Economic Journal*, rechazando la publicación de artículos, como uno de Ohlin, que luego fue el fundamento de la conocida teoría de Heckscher-Ohlin, referencia obligada en economía internacional.

¹⁰ Coincidiendo con similares inquietudes a las expresadas por Zurita, Carlos V. (Ibíd.)

para estudiantes, el de ensayos biográficos (escritos por economistas sobre otros economistas) o autobiográficos, el del humor, el de las declaraciones públicas y...el de la poesía.

Entre los párrafos finales, se refiere a un punto muy debatido: el de cierta aureola asociada a los economistas quienes, mediante el uso (y abuso) del lenguaje matemático teñirían de confusión sus escritos, práctica observada hasta en las más renombradas publicaciones internacionales. Al respecto, se remite a los juicios más dispares, partiendo de los historicistas alemanes del siglo XIX, francamente renuentes a la formalización matemática, junto con los que, en la misma centuria, produjeron notables avances en la ciencia sobre la base de un intenso uso de ese tipo de instrumental (Jevons, Walras). Ya en el siglo pasado, dos premios Nobel, Leontief y Samuelson expresan, respectivamente, posiciones de cautela y de franco apoyo al uso de las matemáticas. El articulista proporciona una fórmula de compromiso al admitir que “el lenguaje matemático es una herramienta indispensable, una técnica de lógica y razonamiento para la economía; pero que no es, sin embargo, un sustituto perfecto para la comunicación entre los seres humanos”, y postula “que las publicaciones que estén orientadas a un público no profesional se deben escribir sin acudir al lenguaje matemático”. Adhiere a la opinión de otros autores en el sentido que dicho lenguaje no puede convertirse en un factor elitista o aristocratizante¹¹ y advierte, además, sobre el “mal uso de la econometría aplicada y la desconfianza que merecen sus resultados por el mal empleo de sus técnicas, por el uso de datos estadísticos no controlados o por el inadecuado cuidado de los antecedentes de las investigaciones”.

Reflexiones crepusculares

Hasta aquí, el itinerario a través del artículo que inspiró esta nota. El recorrido de sus argumentos centrales, ha resultado inevitablemente empobrecedor, ya que priva al lector del disfrute que le proporcionan a su texto la abundancia de citas, curiosidades, digresiones y matices que le dan un particular atractivo para los lectores economistas y seguramente también para aquéllos que pertenecen a otras ciencias sociales que se interesan en los estilos de comunicación de sus propias disciplinas.

¿Qué señales de correspondencia con sus contenidos encontramos en nuestras prácticas como estudiante primero, y como docente e investigador después, desarrolladas en ámbitos infinitamente más modestos que los que sirven de referencia al artículo de Zaldueño? En escritos para la cátedra, ponencias y publicaciones, estuvieron presentes preocupaciones coincidentes con algunas de las enseñanzas que nos deja su lectura.

Búsqueda de simplificación y coherencia

En primer término, destacamos la necesidad de insistir en la búsqueda de sencillez y claridad en la forma, así como de orden y coherencia en la estructura de los escritos, adaptándolos lo más que se pueda a los destinatarios del discurso. En ese camino, intentamos liberarnos del lastre de patrones y prejuicios estéticos adquiridos que inducían a una construcción afectada, al rebuscamiento en los términos y a reiteraciones superfluas que oscurecían y complicaban contenidos. Y aunque creemos haber experimentado progresos, la meta deseada se torna esquiva, desplazándose incesantemente hacia niveles de mayor exigencia.

Un mínimo uso de la jerga profesional es, sin embargo, indispensable. Los márgenes para el empleo de aquellas denominaciones y expresiones consagradas por la economía son bastante flexibles y admiten, sin deformar o banalizar los conceptos, una dosificada segmentación según que estén dirigidas a alumnos de diferentes niveles de la carrera, colegas economistas, comunidad científica en general (que puede incluir otras disciplinas en las que no son habituales

¹¹ Sobre la marginación de la que puede ser objeto quien no es afecto al uso del lenguaje matemático, es ilustrativo el ejemplo del economista sueco Hazle Leijonhufvud, uno de los más lúcidos intérpretes de la obra de Keynes (véase Mira, Pablo; “*En busca de la macroeconomía perdida*”, Desarrollo Económico N° 185, 2007).

la remisión a las matemáticas o las representaciones gráficas que acostumbran emplear los economistas), o al público común¹².

La naturaleza de los temas abordados en los artículos o informes de investigación, implica otro condicionamiento a las modalidades de escritura y a su capacidad para concitar el entusiasmo del lector. En efecto, en aquellos escritos o pasajes de fuerte contenido cuantitativo, nos parece conveniente desterrar la inclinación a repetir en palabras lo que las mismas cifras o cuadros están mostrando, cayendo en el vicio de descripciones numéricas redundantes o triviales. Por eso, aunque cierta aridez sea ineludible, el autor debe esforzarse para limitarse a comentar aquellos cambios o tendencias más relevantes o significativas para el asunto que se trate.

Uso del lenguaje gráfico y matemático

Más arriba se dijo que el uso del lenguaje matemático o gráfico ha sido y es un punto sumamente controversial, reuniendo en su derredor argumentos de peso tanto a favor como en contra. Puede que se peque por exceso cuando respondiendo a una moda y a las reglas del juego impuestas en el campo de la carrera académica se incurre en una sofisticación o “estilización” innecesaria de la presentación; estas exageraciones de lo formal se convierten en un obstáculo para la comprensión, sobre todo si apuntan a lectores que no poseen una base mínima de conocimientos matemáticos. También se le adjudica encubrir el trasfondo ideológico de trabajos o investigaciones fundadas en el paradigma neoclásico y sus derivaciones, líneas donde su empleo es más propicio. Pero no es menos cierto que facilita el orden y la profundización del razonamiento, permitiendo explicar y estudiar relaciones e interrelaciones complejas que, de otra forma serían de muy complicada enunciación o abordaje. En todo caso, no debe ser rechazado a partir de prejuicios basados en el desconocimiento o en resistencias ciegas a los principios de las matemáticas y sus aplicaciones ni, en el otro extremo, sostener que la verdad en economía empieza y termina en ellos. Por otra parte, para el docente de cursos introductorios de micro y macroeconomía, la representación gráfica de las fuerzas y fenómenos económicos es un efectivo recurso pedagógico.

Los métodos matemáticos son asimismo una herramienta analítica útil, ya sea para la presentación o formalización, o como medio para lograr una mayor sistematización y precisión, especialmente en ciertos campos especializados de la economía. El desarrollo y la difusión de las técnicas y modelos estadísticos y econométricos, en gran medida favorecidos por los avances en la computación, han sido empleados extensamente en las líneas empíricas de investigación económica. Pero su aporte efectivo dependerá, en última instancia, de la calidad de los datos que les sirven de insumo y de la naturaleza de las relaciones y variables que dichos modelos intentan representar, ya que la realidad social y económica presenta aristas y entramados relevantes que oponen pertinaz resistencia a los esfuerzos de cuantificación y modelización econométrica.

En suma, creemos que la utilización de métodos matemáticos o cuantitativos, al margen de su valor como instrumento para la comunicación, despejada de todos los excesos que puedan haber sido desechables, ha contribuido a producir aproximaciones (con éxitos y fracasos, siempre parciales y provisionales), hacia un mayor conocimiento de los procesos económicos que atraviesan la sociedad.

Diversidad y disparidad en la obra de dos economistas ilustres

La obra de dos figuras eminentes, John Maynard Keynes y Paul A. Samuelson, ilustra sobre dos importantes aspectos vinculados a las modalidades comunicacionales de los economistas.

En primer término, el referido a la destreza para adaptar los estilos de escritura a los objetivos y naturaleza de la obra. El célebre manual *Curso de Economía Moderna* de

¹² En nuestro país, la familiaridad y comprensión del público no especializado de vocablos y expresiones propias de la economía, no debe subestimarse, dado el aprendizaje acelerado que supuso su frecuente exposición a los traumáticos acontecimientos económicos y cambios de orientación de la política oficial de los últimos treinta años, para fijar un lapso indiscutiblemente arbitrario.

Samuelson, escrito en estilo muy ameno y didáctico, apoyado permanentemente en ejemplos de la realidad cotidiana, ha guiado durante más de tres décadas los primeros pasos de los estudiantes de economía. Cuando transcurridos los años volvimos a algunas de sus páginas, encontramos los principios básicos del razonamiento económico expuestos con admirable claridad; su relectura nos ayudó a simplificar el análisis de situaciones que inicialmente se presentaban como de elevada complejidad¹³. En la misma década, este famoso economista, produjo otro libro, *Foundations of economic analysis*, con un denso contenido matemático, dirigido a otro perfil de lectores, cuya consulta requiere una sólida formación previa, y que posteriormente fue referencia bibliográfica obligada de otros textos que continuaron y profundizaron esta orientación.

En segundo lugar, cuando a ese primer aspecto se le añaden la densidad de los contenidos sustantivos del escrito y otras limitaciones circunstanciales, el resultado puede consistir en un texto que no esté a la misma altura del resto de la producción de su autor. Se señaló antes, que la *Teoría General*, la obra fundamental de Keynes, es considerada un libro de difícil lectura, en partes incompleto y con problemas de organización en el tratamiento de los temas. Probablemente, en su contribución teórica revolucionaria, el genial economista inglés antepuso la fuerza desbordante de su creatividad a los cuidados en el orden, en la forma. Además de la complejidad conceptual intrínseca de su construcción teórica, Keynes parece haber estado condicionado por otras limitaciones¹⁴. Así, la difusión de esta obra requirió de libros como el de Alvin H. Hansen sugestivamente titulado *Guía de Keynes*, donde se sostiene que “la Teoría general es un libro difícil”¹⁵ y que, entre otros defectos, “La exposición ofreció sus dificultades, pues mucha de las ideas no habían sido pensadas claramente; hubo algunas confusiones y aun errores...”¹⁶. Afirma asimismo que aquellos lectores que estaban familiarizados con otros escritos de Keynes, “...se desilusionaron con la redacción de la *Teoría General*, que no parecía estar a la altura de la brillante habilidad literaria de su autor”¹⁷. Aptitud incuestionable que le permitió dejar el legado de metáforas o expresiones alegóricas perdurables que trascendieron el círculo de los economistas y fueron incorporadas por un público mucho más vasto.

Contraste de estilos

Si hay dos estilos de comunicación en marcado contraste, estos son los que cultivan dos economistas argentinos renombrados: Julio H.G. Olivera y Juan Carlos De Pablo.

El primero, es cultor de modalidades expresivas muy pulcras, rigurosas y cuidadas, propias del mundo académico donde ha descollado. Poco expuesto a los medios y a los contactos con el público común, si bien el grado de formalización de sus escritos difiere según el destinatario al que se dirige (el Dr. Olivera ha publicado artículos de reconocido valor teórico en revistas de prestigio internacional), en todos ellos mantiene consecuencia con la austeridad de las formas.

A comienzos de los años setenta de la pasada centuria, Juan C. De Pablo irrumpió con gran vigor en el periodismo económico con un lenguaje exuberante y desinhibido, en el que se filtran permanentemente ejemplos y humor expuestos con giros y términos del habla coloquial; su tarea de divulgación ha sido ponderable. Es, además, un fecundo y ameno escritor (de ensayos biográficos, temas de historia económica, manuales de macroeconomía argentina etc.), docente universitario, consultor de empresas y perspicaz e informado analista de la coyuntura

¹³ Además, este libro introductorio agrega un valor adicional de estética literaria mediante los epígrafes que presiden sus capítulos, en los que intercala oportunas citas de obras y textos universales a modo de acertadas metáforas, que se renuevan en la versión actualizada del manual escrita con William D. Nordhaus. Este recurso se ha generalizado y se lo puede apreciar en libros escritos por economistas argentinos contemporáneos como Lucas Llach, Miguel Braun, Federico Sturzenegger, etc.

¹⁴ “Juan Carlos De Pablo señala que la *Teoría General* fue escrita por Keynes a las apuradas y no tuvo tiempo de corregirla, porque primero enfermó gravemente; después estuvo demasiado ocupado...” (del artículo “Múltiples Interpretaciones” (Sup. Económico de *La Nación*, 1 19-03-06)

¹⁵ Alvin H. Hansen, “*Guía de Keynes*”, FCE, 1957, Prefacio.

¹⁶ *Ibidem*, Introducción, escrita por Seymour E. Harris.

¹⁷ *Ibidem*.

económica. Pero en las múltiples dimensiones de su quehacer profesional, hasta en las “más serias”, se cuelan una y otra vez las marcas del De Pablo comunicador y periodista.

Es más, podemos decir que al leer a Olivera o a De Pablo, es “como si uno los viera o escuchara”, y viceversa, lo que sugiere que estas diferencias de estilo, más allá de ser el resultado de las distintas épocas y ámbitos en que transcurrieron sus respectivas carreras, registran el inconfundible sello de los atributos de sus personalidades, que imponen límites a la capacidad de adaptación del escritor a la diversidad de públicos y lectores.